

1917-1967: A LOS CINCUENTA AÑOS DE LA REVOLUCION

DE RUSIA A LA URSS

Por **JUAN ALDEBARAN**





E

N Rusia, el calendario indicaba el 25 de octubre de 1917; en toda Europa era el 7 de noviembre. Rusia mantenía el calendario de Julio César: Rusia era un mundo aparte, o se había pretendido un mundo aparte. El Concilio de Trento había recomendado al Papa Gregorio XIII una reforma del calendario, a partir de 1582, que se ajustase a la ciencia astronómica. Se había producido en Europa una inquietud religioso-política con esta medida. Los países católicos —España, Portugal, Italia— habían aceptado la decisión papal sin mayor análisis; los países protestantes la rechazaban, o eran renuentes. Entonces, como ahora, ciertas realidades concretas científicas acaban por imponerse a ciertos abstracismos religiosos y la Europa reformista y protestante fue aceptando poco a poco la mayor perfección del calendario gregoriano que estaba definitivamente implantado a mediados del siglo XVIII en todos los países. En todos, menos en uno: en Rusia. **SIGUE**

CRONOLOGIA RUSO-SOVIETICA Y ACONTECIMIENTOS MUNDIALES PARALELOS (I)

AÑO	RUSIA
1856	Derrota de Crimea.
1858	El Zar suprime en sus tierras el sistema de siervos.
1861	Revoluciones populares: abolición de la servidumbre en las tierras feudales.
1863	Revolución en Polonia.
1864	Reformas administrativas.
1866	«Crimen y castigo», de Dostoiéwskí.
1873	«Ana Karenina», de Tolstói.
1877	Guerra ruso-turca.
1881	Alejandro II asesinado por los nihilistas. Alejandro III reprimirá el terror con la violencia: nuevo despotismo. Expansión rusa hacia Asia.
1888	Alejandro III se alía con la república francesa y obtiene un empréstito y una convención militar.
1891	La flota francesa visita Cronstadt. Comienza la construcción del transiberiano para abrir el camino hacia Asia. Influencia sobre China.
1893	Visita de la flota rusa a Toulon.
1894	Muerte de Alejandro III. Nicolás II.
1898	Rusia se anexiona Port Arthur y Liao Tung, en China.
1903	«Bajos fondos», de Máximo Gorki. Nace el partido bolchevique.
1911	Asesinato de Stolipin.
1914	Guerra germano-rusa.

OTROS PAISES

Fracasadas las revoluciones románticas de 1848, se busca la mejora social por el progreso de la ciencia y la técnica: «Catecismo positivista», de Comte, en 1852. «Manifiesto comunista», en 1848.

«Origen de las especies», de Darwin, en 1859.

Desarrollo industrial: se explota el petróleo en Estados Unidos; Rockefeller funda la Standard Oil, en 1870; la máquina de Gramme hace pasar la electricidad de los laboratorios a las fábricas; el convertidor de Bessemer inicia la producción de acero. Los bancos se multiplican en Gran Bretaña, Francia y Alemania entre 1858 y 1870 para suministrar capitales a la industria.

Garibaldi entra en Nápoles; Lincoln, elegido presidente de los Estados Unidos (1860), abolición de la esclavitud y principio de la guerra de Secesión (1861).

Expansión colonial inglesa y francesa. Fundación de la primera internacional (1864). Asesinato de Lincoln (1865). Igualdad de derechos cívicos a los negros concedida por el Congreso americano en 1866. Constitución parlamentaria y sufragio universal en Alemania; reforma electoral en Gran Bretaña, 1867. «El capital», de Marx, 1867. Las «Trade Unions» obtienen mejoras para los trabajadores. Revueltas independientes en Irlanda. Revolución y exilio de Isabel II en España, 1870. Primer transcontinental ferroviario en Estados Unidos, cables submarinos entre Europa y América; importancia de las agencias de prensa. Comuna de París, 1871. Alfonso XII, 1874. Elecciones republicanas en Francia, 1876. Bell inventa el teléfono, 1876.

Fonógrafo de Edison, 1877. Primera utilización industrial de la hulla blanca, 1878.

Ley Ferry de enseñanza primaria en Francia, 1881. Imperio belga en el Congo, imperio francés en Indochina. Alfonso XIII, 1886. Ondas hertzianas, 1886.

Motor de gasolina de Forest, 1888.

Cae Bismarck en 1890.

Blaque de izquierdas; primer proceso Dreyfuss en Francia. Dukheim: «Las reglas del método sociológico». Rayos X, cine de Lumière, telegrafía sin hilos de Marconi. Primer vuelo aéreo de Adler, descubrimiento del radio por los Curie (1894-1898). Independencias americanas de España. Revoluciones hispanoamericanas y filipinas contra Estados Unidos. Revueltas de los boxers en 1900.

Teoría de los Cuanta, de Planck. Interpretación de los sueños, de Freud, 1900.

Revolución de Panamá, 1903. Fábricas Ford. Prohibición de enseñanza a las congregaciones religiosas en Francia; separación de la Iglesia y el Estado. La teoría de la relatividad, de Einstein. «La vida breve», de Manuel de Falla. Caída de la monarquía en Portugal (1910).

Sun Yat Sen proclama la república en China, 1911. Taylor enuncia sus principios económicos.

Atentado en Sarajevo, guerra europea en 1914. Blasco Ibáñez. «Los cuatro jinetes del Apocalipsis»; Griffith, «Nacimiento de una nación» (1915).

(SIGUE EN EL PROXIMO NUMERO)

Rusia se pretendía impenetrable, impermeable. Su Iglesia había permanecido ajena a todos los movimientos del catolicismo y a la reforma; se pretendía la única pura, la ortodoxa. La revolución francesa apenas la había conmovido. Napoleón se había estrellado a las puertas de Moscú incendiado, y las huellas napoleónicas que habían marcado todo el continente se borraron en Rusia bajo la nieve de 1812 que destruyó el formidable ejército. La revolución industrial de Manchester no la alcanzó. Rusia vivía aún en la baja Edad Media, en un feudalismo de señores de horca y cuchillo, regida por una corte fanática y supersticiosa, cuando en Europa alboreaban las democracias. Los campesinos eran esclavos: los siervos, las «almas muertas», se compraban y se vendían como objetos.

el domingo sangriento

Sin embargo, ciertos hechos, ciertos acontecimientos, ciertas ideas, iban penetrando poco a poco la enorme corteza rusa. La desesperación de los campesinos producía anárquicos movimientos de defensa desesperados, que eran reprimidos con toda violencia y crueldad, pero que creaban nuevos núcleos de resistencia. Generalmente, esos movimientos de defensa se producían al mismo tiempo, o como consecuencia, de algunas guerras exteriores. La guerra de Crimea llevó a Rusia la revolución de 1861, que produjo la abolición del sistema de los siervos; la guerra ruso-japonesa —que los japoneses comenzaron con un ataque por sorpresa sobre Port Arthur que sería un precedente del que casi cuarenta años más tarde lanzarían contra Pearl Harbour— produjo la revolución de 1905, a partir del «domingo sangriento»: el 22 de enero de 1905 una enorme manifestación pacífica, dirigida por un pope —Gapón—, portando retratos del Zar, iconos y banderas, se dirigió al Palacio de Invierno para presentar al Zar —que por cierto no estaba allí— una serie de súplicas y fue recibida por la tropa que se lanzó sobre los obreros: mil muertos y cinco mil heridos fueron el preludio a un año de huelgas y revueltas. «La clase obrera ha recibido una gran lección de guerra civil; en una jornada, la educación revolucionaria del proletariado ha progresado más que hubiera podido hacerlo durante años y meses de vida ordinaria, cotidiana, pasada en el envilecimiento. La consigna del heroico proletariado de Petersburgo "muerte o libertad" despierta ahora ecos en toda Rusia» (Lenin, Obras completas, t. 8, página 77, edición rusa). La consecuencia de 1905 fue que

DE RUSIA A LA URSS

en octubre el Zar accedió a dar al país una constitución; creó un parlamento —la Duma— y cedió parte de sus poderes en un primer ministro, Witte. Gran parte de los revolucionarios aceptaron estas reformas: el partido bolchevique continuó oponiéndose porque estimaba que eran sólo un disfraz de la situación, como ocurrió de hecho. La Duma no tuvo verdadera influencia sobre la vida rusa; Witte sólo pudo permanecer seis meses en su puesto y, aun así, no dirigió de hecho el país y la constitución no se aplicó realmente. Tuvo que venir otra guerra con el extranjero —la guerra mundial de 1914— para que se produjeran nuevas jornadas revolucionarias en Rusia. En febrero de 1917, la primera revolución llevó a Kerensky al poder.

dos niños en una escuela

Kerensky es hoy un anciano de ochenta y seis años, que vive en Nueva York y cuyo nombre se ha convertido en el símbolo de algo que no fue nunca: el hombre que dio el paso al comunismo. Era, al contrario, el hombre designado para no abrir tal posibilidad. Kerensky era la última carta reformista, favorecida por las clases poderosas de la URSS y por las democracias occidentales para evitar la revolución a ultranza, frente a la cual la podrida corte de Nicolás II no era una barrera sino, al contrario, una provocación. Kerensky había nacido en una escuela de Simbirks, donde su padre era director y maestro de un niño, once años mayor que Kerensky, que se llamaba Vladimir Ilich Ulianov y que más tarde utilizaría el nombre de Lenin, con el que ha quedado fijado en la historia. El destino de Rusia estuvo durante unos años encerrado en aquella escuela provinciana y en aquellos dos niños que iban a enfrentarse con rudeza. Fue en la escuela del padre de Kerensky donde un día Vladimir Ilich supo que su hermano había sido ahorcado como cómplice en un supuesto atentado contra la vida del Zar, y tal vez aquel acontecimiento contribuyó a radicalizarle en el camino de la revolución, mientras su compañero Kerensky, instalado en la burguesía intelectual, soñaba caminos reformistas. El 25 de octubre-7 de noviembre de 1917, la revolución bolchevique dirigida por Lenin barrió el gobierno provisional («¡Muera todo lo que es provisional!», había escrito el poeta Maiakowski) dirigido por Kerensky.

SIGUE

el terreno político de rusia

Desde la revolución de 1861 hasta la de 1917, la impenetrable Rusia había sido penetrada por ciertos cambios. La liberación de los siervos, acogida con dolor y con indignación por los señores feudales, había producido algunos cambios en la organización del trabajo que finalmente resultaron favorables a los terratenientes. El trabajo esclavista era lento,

resistente; toda la literatura de la época describe al siervo como perezoso e inmóvil. El pobre estímulo del trabajo libremente contratado sirvió para acelerar ese trabajo, para dar al «mujik» la breve ilusión de que a un mayor trabajo podrían corresponder mejores beneficios, y la producción aumentó. Más aún: la mayor movilidad y disponibilidad de la mano de obra permitió a fines del siglo XIX, con enorme retraso sobre

toda Europa, la tímida entrada de la revolución industrial. La cuenca hullaera del Donetz, el petróleo de Bakú, comenzaron a ser explotados. Aumentó el número de fábricas, se multiplicaron las líneas férreas.

El resultado social fue el de una nueva estructuración de las clases en Rusia. Donde no había más que dos sectores de población, la minoría poderosa y la enorme masa esclava y desposeída (más una pequeña clase burocrática que se nutría de criados

escribientes de los grandes señores) aparecieron las matizaciones: surgió un proletariado industrial, se realizó el fenómeno de concentración urbana y la aparición de una nueva burguesía. Brotaba el capitalismo. Pero el capitalismo ruso no estaba moderado por la democracia, por los grandes movimientos sociales y sindicales que habían sucedido en la Europa de las revoluciones triunfantes —las llamadas «revoluciones del 48»: el establecimiento de la II República fran-



Carlos Marx: sus ideas llegaron a Rusia hacia el año en que nació Lenin.



El Zar Nicolás II: últimos días de la imagen tradicional de la vieja Rusia.



Arupskaja, la mujer de Lenin, vestida de obrera. Así cruzaba la frontera.



Alejandro Kerensky: la última carta reformista favorecida por los poderosos.



Los bolcheviques asaltan el Palacio de Invierno en Petrogrado el año 1917.

DE RUSIA A LA URSS

cesa, el constitucionalismo italiano que llevó a la «República de San Marcos» en Venecia, las revueltas de Viena que forzaron a dimitir a Metternich, el movimiento de Kossuth por la independencia de Hungría, la Asamblea constituyente en Alemania, el «cartismo» en Gran Bretaña, la revolución de la Joven Irlanda, la constitución federal de Suiza...», sino que cabalgaba aún sobre el feudalismo.

un capitalismo feudal

Rusia seguía siendo un mundo aparte y el nuevo capitalismo se presentó con condiciones de ferocidad. La jornada de trabajo en las fábricas era de 12 a 14 horas diarias y, en algunas de ellas —las textiles—, de 15 a 16 horas. El trabajo de las mujeres y los niños se equiparaba en rudeza al de los hombres, pero los salarios eran notable-



El Comité Militar Revolucionario presenta el ultimátum al gobierno provisional el día 25 de octubre, es decir, el día 7 de noviembre (cuadro de D. A. Shmarinov).

mente inferiores. Los trabajadores volvían a encontrarse en un sistema de esclavitud basado en los economatos de las fábricas donde debían comprar sus alimentos: se les endeudaba en ellos de forma que jamás pudieran emigrar a otro puesto de trabajo. Cualquier falta era penalizada con multas que llegaban a ser del 40 por ciento del salario. Las escuelas estaban cerradas para sus hijos, que debían iniciarse en el aprendizaje del oficio para perpetuar una clase sin posibilidad de ascenso a puestos superiores. «La Rusia capitalista tomaba el relevo de la Rusia feudal. Una nueva generación de campesinos se había enrolado en los nuevos oficios, pasaba por las ciudades y aprendía en la escuela de la experiencia amarga de la vida errante y del asalariado, y tomaba el relevo del siervo sedentario, embrutecido, encadenado a su pueblo, confiando en los popes y asustado de las autoridades. En las grandes ciudades, en las fábricas, el número de obreros aumentaba sin cesar. Poco a poco se iban formando asociaciones de obreros, que intentaban la lucha en común contra los capitalistas y el gobierno. Al dirigir esa lucha, la clase obrera rusa ayudaba a los millones de campesinos a levantarse, a alzarse, a desembarazarse de sus costumbres de esclavos». Al escribir estas palabras, Lenin (obras completas, tomo 17, página 66, edición rusa) insistía ya en su idea central de la revolución: la clase obrera como dirigente y formadora de la clase campesina.

campo feudal

Pero la clase campesina rusa, a pesar de esta acelerada industrialización, seguía siendo la más numerosa y la más sufrida. El cambio de estructuras no había llegado al fondo del país. A fines del siglo XIX, las cinco sextas partes de la mano de obra rusa trabajaba en el campo y en condiciones no muy lejanas a las de la época de la servidumbre. El acceso

a la propiedad que se les había prometido no se cumplía. La familia del Zar poseía en la Rusia europea siete millones de «deciatines»; de un total de 91.500.000 «deciatines» de tierra cultivable en manos de particulares, 73 millones pertenecían a los señores, a los príncipes, y el resto a los campesinos. En las vísperas de la guerra mundial de 1914, Rusia permanecía aún estructurada sobre bases ideológicas medievales, la autocracia había agudizado su despotismo y lo único que había realmente moderno en el país era la policía política, que se consideraba una de las mejores del mundo.

aparece el comunismo

La primera definición oficial del comunismo data de 1847. Antes, era «un espectro», como decía Marx, que obsesionaba a Europa. «Todas las potencias de la vieja Europa se han agrupado en una santa cacería para atrapar ese espectro: el Papa y el Zar, Metternich y Guizot, los radicales franceses y los policías alemanes. ¿Cuál es el partido de oposición que no haya sido acusado de comunismo por sus adversarios en el poder? ¿Cuál es el partido de oposición que no haya estigmatizado con el reproche infamante de "comunismo" a sus adversarios de derecha o de izquierda?». Las palabras de Marx y Engels que preceden al «Manifiesto del partido comunista» (Londres, 1848) tienen una curiosa actualidad; 120 años después, la palabra de «comunismo» o «comunista» se sigue aplicando con una delirante facilidad a todo aquello que, por algo, hay que perseguir. Marx y Engels pretendían con el manifiesto «exponer ante el mundo entero sus conceptos, sus objetivos, sus tendencias» y oponer «a las leyendas del espectro comunista un manifiesto del partido en sí mismo». El comunismo era en aquel momento una de las muchas formas del socialismo, el cual había aparecido simultáneamente con la revolución industrial y **SIGUE**



Los marinos sublevados de Cronstadt llegan a Petrogrado, formaron parte de las fuerzas que atacaron el Palacio de Invierno el 26 de octubre (8 de noviembre).



la creación de las clases proletarias. El liberalismo era el credo político de la alta burguesía europea; el radicalismo, de las clases medias; el socialismo, de las clases proletarias, que pretendían que los medios de producción colectiva pasasen a manos de la comunidad en lugar de pertenecer a los capitalistas. Las doctrinas democráticas, decían ellos, ofrecían «una igualdad aparente»; las socialistas, «una igualdad real». Sobre esta clase, decenas de pequeñas agrupaciones y de intelectuales teóricos elaboraron distintas vías de llegar al socialismo: la doctrina de Marx, con el apoyo de Engels, dominó de tal modo el panorama socialista que lo polarizaron. Todo socialismo se tiñó de marxismo, y hasta los heterodoxos estaban impregnados de él.

marxismo-leninismo

Las ideas de Marx comenzaron a llegar a Rusia hacia el año en que nació Lenin (primera edición rusa de «El Capital», 1872; Lenin tenía dos años); Lenin estudió profundamente a Marx cuando preparaba su licenciatura de leyes, que obtuvo en la Universidad de San Petersburgo (como alumno libre, porque estaba obligado a vivir en Samara, a millares de kilómetros de distancia) y realmente profundizó en ellas durante los tres años de su exilio en Siberia, donde había sido desterrado por la policía zarista. De este exilio nació lo que hoy llamamos «marxismo-leninismo». Stalin decía que el leninismo era «el marxismo de los tiempos imperialistas y de la revolución del proletariado», puesto que el marxismo en sí, y el manifiesto comunista de 1848, respondían a las condiciones de vida de mediados del siglo XIX en Europa. El marxismo era una teoría general; el leninismo, una teoría aplicada. Es imposible resumir aquí todo lo que se ha escrito sobre las diferencias entre marxismo y leninismo, entre la resultante de su síntesis. Barraclough dice: «Para aquellos que tienen el gusto de las comparaciones históricas, puede decirse que el marxismo-leninismo es a los escritos de Marx lo que el paulismo es al Evangelio. Pero lo importante es que el marxismo-leninismo y no el marxismo puro, es el punto de partida de la evolución moderna» (Geoffrey Barraclough, «An introduction to contemporary history», Londres, 1964). Las organizaciones prácticas de Marx fueron débiles. La I Internacional, bajo el lema «¡Proletarios de todos los países, uníos!», tuvo una existencia precaria de 1864 a 1874. La II Internacional se constituyó en 1889; Marx había muerto tres años antes. La II Internacional tuvo un aspecto importante: la lucha contra la guerra, la defensa del pacifismo a ultranza. Fue la propia guerra

de 1917 la que acabó con ella; pero las ideas del pacifismo habían penetrado profundamente en Rusia.

socialismo y pacifismo

El Congreso de la Internacional Socialista de Basilea (1909) había insistido en que la posición de todos los pueblos era la de oponerse a la guerra por todos los medios, aunque algunos grupos —como los «sozialpatrioten» alemanes— estaban aferrados a la idea de los nacionalismos y, por lo tanto, de participar en una posible guerra que defendiese los intereses nacionales. La tesis general expuesta por la mayoría socialista era la de que las guerras procedían de querrelas capitalistas por dominios de mercados y por anexiones de riqueza;

estas clases dirigentes capitalistas utilizaban a los pueblos para sus guerras y hacían recaer sobre ellos todo el sufrimiento, la muerte y el hambre de la conflagración; en caso de derrota, era el pueblo el que debía soportar las peores condiciones y en caso de victoria las ventajas iban, enteras, a las clases superiores. En las vísperas de 1914, cuando se veía avanzar la guerra a pasos agigantados, los socialistas pacifistas redoblaron sus esfuerzos. El 28 de julio de 1914, mientras se celebraban manifestaciones de masas pidiendo la paz en varias ciudades europeas, se celebraba en Bruselas un mitin monstruo en el que tomaba la palabra el gran «santón» del socialismo, el francés Jaurés y la alemana Rosa Luxemburgo; Jaurés iba a ser asesinado tres días después —Rosa Luxemburgo, detenida en Berlín durante la guerra, sería asesinada en 1919— y las esperanzas del «pacifismo socialista» se hundieron. Al estallar la guerra, sólo pequeñas minorías socialistas tratarían de sostener su posición, mientras la gran masa y el «lumpenproletariat» se sumaba a los proclamados intereses nacionales.

guerra sin ideología

En un principio, la guerra 1914-18 no comportaba posiciones ideológicas.

La oposición democracias-autocracias era puramente imaginaria. Las democracias francesa e inglesa estaban aliadas con la peor autocracia, la de la Rusia zarista; las potencias centrales, Alemania y Austria-Hungría, eran regímenes semiparlamentarios que si bien ofrecían un perfil político mucho menos democrático que el de Francia o Inglaterra, eran liberales con respecto a Rusia. Los social-demócratas alemanes, por ejemplo, justificaban su participación en la lucha alegando que defendían su país, donde había posibilidades de evolución hacia el marxismo, frente al «despotismo asiático» de los Zares, donde no había ninguna posibilidad de evolución. Esta idea de que Rusia era impermeable a la revolución y a la evolución estaba muy extendida. Nunca se pensó, ni lo habían soñado Marx y Engels, que el comunismo pudiera prender en Rusia, donde las condiciones objetivas —país agrícola, falta de masa proletaria, capitalismo incipiente, predominio de la masa agraria— parecían negativas.

agitación

Sin embargo, Rusia iba a ser el primer país donde las profecías se cumplieron. Una vez más, una guerra con el extranjero iba a provocar en la Rusia zarista enormes movi-



A. V. Belishev, comisario del crucero «Aurora», presidía el comité revolucionario del barco en los días de octubre. Abajo, Belishev cincuenta años después.



DE RUSIA A LA URSS



El crucero-acorazado «Aurora», cuya actuación en favor de los bolcheviques fue decisiva para la toma del poder en Petrogrado y el triunfo de la revolución.

mientos interiores. Ciertamente, los horrores de la guerra se cebaron contra el pueblo mientras dejaban intacta la corte zarista, embaucada en sus supersticiones, adoradora del falso monje Rasputín, y a los señores feudales. La pobre economía primitiva del país no podía soportar el esfuerzo de guerra; la corrupción en las altas esferas —en la adquisición de material de guerra— era grave y las tropas rusas, mal alimentadas y mal equipadas, sufrían continuas derrotas. Se sospechaba que la corte estaba más a gusto en la guerra; que hubiese preferido estar al lado de los alemanes, y que estaba, incluso, dispuesta a cambiar repentinamente sus alianzas —se ha dicho de Rasputín que era un agente alemán, lo cual no se ha probado nunca; pero sí es cierto que la zarina era alemana—. Los precios subían a una velocidad vertiginosa, pero los industriales, los propietarios y los aristócratas realizaban importantes beneficios. Los alemanes habían invadido Polonia, Rusia Blanca, los países bálticos: millones de refugiados se iban hacia el interior del país. Un espantoso invierno cayó sobre Europa, agravando las circunstancias de la guerra. Se produjeron un cierto número de insurrecciones y de movimientos de masa. En 1914 había habido unas 70 huelgas, en la que participaron 35.000

obreros; en 1915, el número de huelgas se elevó —según datos oficiales del gobierno zarista— a más de mil, con medio millón de participantes. En octubre de 1915 se produjo el levantamiento de los marinos de Cronstadt, que continuaron sus acciones de resistencia a la guerra; coincidiendo con un consejo de guerra contra marineros sublevados en 1916, 130.000 obreros se declararon en huelga en San Petersburgo. Durante todo el año 1916 se registraron 1.500 huelgas en las que participaron más de 1.000.000 de obreros. El movimiento se extendía a los soldados. A veces, regimientos enteros rehusaban obedecer las órdenes de sus superiores. En el mes de enero de 1917 hubo 250.000 huelguistas...

occidente se asusta

Esta situación se seguía con inquietud creciente en los países aliados de Rusia. Un hundimiento repentino del frente ruso podía suponer una victoria alemana. Podía suponerse algo peor: el cambio de alianzas, la unión de Rusia con Alemania. El asesinato de Rasputín por Yussupof y un grupo de aristócratas tenía que terminar con el «embrujo» de los Zares: no sólo no

había sido así, sino que los Zares se habían sumido en una mayor prostración con la pérdida de su extraño amigo. Un doble movimiento secreto se inició en aquellos días. Los intentos de acuerdo entre Rusia y Alemania se estaban produciendo prácticamente desde el principio de la guerra. En marzo de 1915 la dama de honor de la zarina, Maria Vasilchikova, sirvió de intermediaria con el Kaiser, que ofrecía a Rusia la entrega de los Estrechos (los Dardanelos y el Bósforo) a cambio de una paz separada; la «misión Monkievitch» (Monkievitch era un banquero alemán, director de la Deutsche Bank) ofrecía, además de los Estrechos, un empréstito de 5 ó 10.000 millones de marcos. El conde Eulemburg, gran mariscal de la corte del Kaiser, ofreció también al mariscal jefe de la casa militar del Zar un acuerdo mutuo para poner de acuerdo a los dos emperadores. En 1916 se encontraron en Estocolmo el banquero Fritz Warburg —socio del banquero americano Schiff— y el vicepresidente de la Duma —parlamento ruso— para negociar... Al mismo tiempo, los aliados democráticos llegan a la convicción de que el esfuerzo de guerra ruso está paralizado por la autocracia zarista, y por estos motivos esenciales: la debilidad de la corte, las vacilaciones del Zar Nico-

lás II, la resistencia del pueblo a la crueldad de la autocracia, los negocios sucios de los «señores de la guerra». Se toma, en secreto, la decisión de eliminar al Zar. Los aliados favorecen un cierto movimiento de la burguesía rusa, y principalmente de los beneficiarios de la guerra para quienes una paz por separado equivaldría a una catástrofe económica y el complot queda urdido; se trata de detener a Nicolás II, de obligarle a abdicar para poner en su lugar al zarevich —el niño débil hemofílico, que según la zarina había sido curado por el magnetismo de Rasputín—, confiando la regencia al príncipe Miguel, hermano del Zar. Doumergue corre a Rusia para ofrecer un tratado secreto —que nunca fue comunicado a los aliados ingleses— por el cual Francia cedería a Rusia la ocupación de Polonia, a cambio del dominio francés sobre Alsacia-Lorena. Demasiado tarde. Estamos en 1917: la revolución está encima.

EN EL PROXIMO NUMERO:

II

LA REVOLUCION
DE OCTUBRE